

VER:

Continuamos reflexionando acerca de la necesidad de sentirnos llamados y enviados por el Señor para ser hoy sus apóstoles, para anunciar su Buena Noticia al mundo de hoy y para ir haciendo cada vez más presente su Reinado. Para poder hacer realidad el objetivo: “La Parroquia es c@sa de tod@s”

Tenemos que sabernos y sentirnos llamados y enviados, como Abraham, como José, como los pastores, como Moisés, como David (tal como vimos en el último retiro). Hoy continuamos nuestra contemplación de quienes han sido llamados y enviados por Él a lo largo de la historia, fijándonos en el profeta Elías.

Elías ejerció su ministerio en el norte del país bajo el reinado de Ajab (875-854 a. C.), quien, para agradar a su esposa fenicia Jezabel, toleraba en Israel el culto a Baal. El profeta entra en escena y desaparece de manera inesperada y misteriosa, como si, enviado directamente por Dios, que lo arrebatará luego en un carro de fuego, no tuviese otra misión que la de decir lo que su mismo nombre significa: “Mi Dios es Yahvé”.

En la memoria de su pueblo, Elías ha quedado como alguien que surgió de improviso como alguien que, arrebatado en un torbellino, está siempre a punto de volver. Y esto, hasta los umbrales del Nuevo Testamento, en que pasará la antorcha a Juan Bautista.

Lectura del primer libro de los Reyes

En aquellos días, los profetas de Baal se reunieron en el monte Carmelo. Elías se acercó a la gente y dijo: ¿Hasta cuándo vais a caminar con muletas? Si el Señor es el verdadero Dios, seguidlo; si lo es Baal, seguid a Baal.

La gente no respondió una palabra. Entonces Elías les dijo: He quedado yo solo como profeta del Señor, mientras que los profetas de Baal son cuatrocientos cincuenta. Vosotros invocaréis a vuestro dios y yo invocaré al Señor; y el dios que responda enviando fuego, ése es el Dios verdadero.

Toda la gente asintió: ¡Buena idea! Estuvieron invocando a Baal desde la mañana hasta mediodía: ¡Baal, respóndenos! Pero no se oía una voz, ni una respuesta.

Entonces Elías dijo a la gente: ¡Acercaos! Se acercaron todos, y reconstruyó el altar del Señor, que estaba demolido; el profeta Elías se acercó y oró: ¡Señor Dios de Abrahán, de Isaac, de Israel! Que se vea hoy que tú eres el Dios de Israel y yo tu siervo, y que he hecho esto por orden tuya. Respóndeme, Señor, respóndeme, para que sepa esta gente que tú, Señor, eres el Dios verdadero, y que eres tú quien les cambiará el corazón.

El “ciclo de Elías”, breve pero incisivo, pone de relieve su grandeza sobre todo por su celo por defender la fe en Yahvé contra el culto de Baal, que había sido introducido y promovido por Jezabel. Elías exige al pueblo una elección decisiva, y desafía a los profetas de Baal a someterse al juicio de Dios en el Monte Carmelo.

Elías lucha por una vuelta al corazón de Israel, que estaba ya vuelto hacia los ídolos. Elías quiere que el pueblo sepa quién es el Dios verdadero y que, al saberlo, se vuelva hacia Él. Pero una vuelta no simplemente ritual, sino en profundidad, como la que el mismo Elías vivirá en el camino del desierto que lo llevará al Horeb.

Para la reflexión:

- ¿Vivo mi fe desde la soledad, me siento aislado en medio de una masa de no creyentes?
- ¿Cómo doy a conocer al Dios verdadero a los demás?

JUZGAR:

En aquellos días, Elías continuó por el desierto una jornada de camino, y, al final, se sentó bajo una retama y se deseó la muerte:

—«¡Basta, Señor! ¡Quítame la vida, que yo no valgo más que mis padres!»

Se echó bajo la retama y se durmió. De pronto un ángel lo tocó y le dijo:

—«¡Levántate, come!»

Miró Elías, y vio a su cabecera un pan cocido sobre piedras y un jarro de agua. Comió, bebió y se volvió a echar. Pero el ángel del Señor le volvió a tocar y le dijo:

—«¡Levántate, come!, que el camino es superior a tus fuerzas.»

Elías se levantó, comió y bebió, y, con la fuerza de aquel alimento, caminó cuarenta días y cuarenta noches hasta el Horeb, el monte de Dios.

Del monte Carmelo al monte Horeb hay un largo camino de desierto. Y en ese camino al que Elías se lanza y se tiende, totalmente agotado, bajo una retama y se duerme. En lenguaje místico, podría decirse que se encuentra en plena noche del sentido y del espíritu.

Elías recorre un camino purificador frente al miedo que le atenaza precisamente por ser consecuente con su fe. Elías, que ya ha luchado denodadamente contra los ídolos, se desanima pero no se revuelve contra el Señor. Acepta resignado, incluso fatalista, la suerte que como profeta le aguarda. El Señor, por el contrario, lo pone en pie y se deja sentir cercano al profeta.

Elías se siente solo, con su vida amenazada y con una misión que le resulta insoportable, porque siente que le está aplastando su vida y que así no vale la pena vivir. Esta fatiga espiritual es la clave. Si se tratara de un cansancio físico, de hambre y sed, bastaría un alimento normal. Elías acepta la escueta cena, como una última cena de condenado voluntario a muerte, y se echa a dormir para empalmar el sueño con la muerte.

La crisis de ánimo ha bloqueado a Elías y le ha hecho desearse la muerte. Es bastante frecuente la tentación del cansancio:

Está el peso del camino, que se deja sentir en el cuerpo y, sobre todo, “dentro”.

El peso de las desilusiones, de las incomprensiones.

El peso de los fallos.

El peso de ciertas personas.

El peso de un ambiente mezquino.

El peso de la injusticia, de la hipocresía, de la falsedad.

Todo esto, y más todavía, se acumula, se encostra y entorpece y nubla la vista, seca las energías. El camino, entonces, pierde todo el interés. El único interés que puede presentarse ya no es sino el de encontrar un lugar, un refugio, donde recostar el propio cansancio.

Se está como apagado, ya no se tiene ganas de nada, salvo el deseo de “dejarse llevar”. Basta ya, no vale la pena, no es cosa de insistir, para lo que se consigue después... ¿Tiene algún sentido todo esto? ¿Qué se gana con hablar claro? No merece la pena luchar, mejor quedarse tranquilos. Ya no puedo más.

Cada uno de nosotros tiene a su disposición una retama bajo la que puede recostar la propia extenuación y dormirse: la retama de la resignación, de la mediocridad, de la facilidad, de la indiferencia, de la frialdad.

Pero Dios no está de acuerdo, porque la misión de Elías no ha concluido. Lo que parecía una fuga, es en realidad una cita que Dios tiene con el profeta. Por eso el ángel vuelve a despertarlo y lo invita de nuevo a comer, no tanto para reparar las fuerzas físicas, cuanto para devolverle el ánimo y el brío de la misión. Así podrá Elías recomenzar la marcha, atravesar el desierto, subir a la montaña, hasta enfrentarse con Dios.

Pero, ¿cuál es la respuesta que el Señor da al cansancio de Elías? No es una respuesta consoladora, sino la paterna preocupación de Dios por su profeta, poniéndole a su disposición un pan cocido y una jarra de agua. Y también hay una propuesta: ha de recorrer un largo camino, excesivo. El profeta, que se muere de sueño, no puede dormir en paz.

“Levántate, come, que el camino es superior a tus fuerzas”: Dios nos libra de la tentación del cansancio adoptando una cura insólita. Ante todo, nos revela la causa de nuestro cansancio: no estás cansado por lo que has hecho, sino por lo mucho que no has hecho. No estás cansado a causa del camino recorrido, sino por el mucho camino que te queda por recorrer.

Tu cansancio está provocado no por el peso del trabajo; el cansancio no lo llevas dentro, sino delante... No se debe al pasado, sino al futuro que rechazas, a la esperanza que has dejado apagar. Estás cansado porque no tienes el coraje de tus sueños, estás cansado porque te mueves mucho, pero no caminas.

Y junto con esta reprensión, el pan: el pan que restablece es el propio camino. “Yo soy el camino”, dice Jesús; y también “Yo soy el pan vivo bajado del cielo”. Así pues, comiéndole a él, nos alimentamos con nuestro camino. El camino se convierte en nuestro alimento. El camino se hace remedio de nuestro cansancio.

“Levántate, come, que el camino es superior a tus fuerzas”: camina, pues, cuanto más largo sea el camino que pretendes recorrer, más a disposición tendrás un espacio en el que dejar atrás el cansancio y caer en la cuenta de sus dones.

Para la Iglesia, para la comunidad cristiana y para cada uno de sus miembros, la Eucaristía tiene que recobrar ese sentido esperanzador. Es un alimento para seguir realizando una misión histórica, cada generación en su etapa histórica. No dejándose llevar, empujados por los acontecimientos, sino sintiéndose atraídos por la gran cita que tenemos con Dios.

Para la reflexión:

- ¿Siento una crisis de ánimo, de cansancio, similar a la de Elías? ¿Qué la provoca?
- ¿Qué pienso de la respuesta del Señor a Elías? ¿Qué pienso del camino que me queda por delante? ¿Lo acepto o lo rechazo?
- ¿Es la Eucaristía para mí el alimento para continuar realizando mi misión? ¿Por qué?

En aquellos días, al llegar Elías al monte de Dios, al Horeb, se refugió en una gruta.
El Señor le dijo: Sal y aguarda al Señor en el monte, que el Señor va a pasar.
Pasó antes del Señor un viento huracanado, que agrietaba los montes y rompía los peñascos: en el viento no estaba el Señor.
Vino después un terremoto, y en el terremoto no estaba el Señor.
Después vino un fuego, y en el fuego no estaba el Señor.
Después se escuchó un susurro.
Elías, al oírlo, se cubrió el rostro con el manto y salió a la entrada de la gruta.

En el Horeb, Elías es testigo de una teofanía que recuerda la que antiguamente vivió Moisés. Cuando Elías llegó a la cueva donde la tradición sitúa la hendidura donde se metió Moisés, lo sorprendió una voz: *¿Qué haces aquí, Elías?* El Señor, con esta pregunta que provoca en el profeta una toma de conciencia, quiere sacarlo del desconcierto en que se encuentra.

El Señor sabe muy bien lo que está haciendo Elías en la cueva del Horeb; pero quiere que Elías sepa lo que ha venido a buscar en el desierto. Yahvé lo invita a salir (¿de sí mismo?) y a estar listo: *Sal y ponte de pie en el monte ante el Señor.* Es una invitación a un conocimiento íntimo y personal de Dios, el único conocimiento verdadero, muy superior a las representaciones religiosas más sublimes. Pues sólo conociendo a Dios se conocerá a sí mismo, y viceversa. Pero hay algo que llama la atención: hay que salir de uno mismo para entrar en el Misterio.

El Señor no pasa en el viento impetuoso, ni en el terremoto, ni en el fuego, sino en el susurro de una tenue brisa. Entonces Elías se tapa el rostro con el manto, pues nadie puede ver a Dios cara a cara, pero sobre todo porque ese silencio de Dios le perturba mucho más de lo que le habían asustado el terremoto y el fuego, signos de aquel poder del que Elías fue el vengador en su desafío del monte Carmelo. Ahora el Señor, en cuanto Dios del silencio tenso, se opone ciertamente al Baal de las tormentas, pero también a la forma en que el profeta lo concibe.

Invitado a salir de la cueva (su refugio) y a ponerse de pie en el monte del Señor, Elías comprende que Yahvé no es como el dios fenicio del huracán, del fuego y del terremoto, como la misma revelación de Israel se lo había representado y como el propio Elías se lo había imaginado hasta entonces. Todo lo contrario, es el Dios que, con la suavidad de una brisa tenue y tonificante, sopla para la salvación de todos.

El Señor se suele revelar en la dulce brisa del quehacer cotidiano, de la historia ordinaria, en el esfuerzo continuo, prolongado, en hacer un mundo más justo y más humano.

Para la reflexión:

- Elías es un contemplativo, busca un lugar tranquilo en el que poder adentrarse en sí mismo para escuchar la voz de Dios. ¿Tengo yo alguna “cueva”, un lugar de retiro, un sitio, un momento en el que más particularmente puedo ponerme a la escucha de Dios?
- ¿Necesito también “salir de mí mismo”, de mis problemas, intereses... y escuchar a Dios?
- ¿Sé reconocer la presencia de Dios en la “suave brisa” de mi quehacer cotidiano? ¿Por qué?

ACTUAR:

Una voz le preguntó: ¿Qué te trae por aquí, Elías?

Contestó: Mi pasión por el Señor Dios de los Ejércitos. Porque los israelitas han abandonado tu alianza, han derribado tus altares y han pasado a cuchillo a tus profetas. He quedado yo solo, y ahora me persiguen para matarme.

El Señor le dijo: Desanda el camino

Una vez que el profeta hubo reconocido al Señor en el silencio, Yahvé le repite la pregunta: *¿Qué haces aquí, Elías?* Este aún no ha comprendido bien, y su respuesta es idéntica a la primera, pero el encuentro con Dios sólo puede tener una consecuencia: el retorno.

Desanda tu camino, le dice el Señor. La salvación no está en la huida, ni siquiera en la huida junto al Señor. Después de estar en su presencia, el camino a recorrer es el del hombre y el de la propia misión, pues el Señor tiene ante sus ojos la multitud de sus hijos.

Al igual que Pedro cuando quería instalarse en el monte de la Transfiguración, también Elías se ve invitado a bajar al encuentro de los hermanos para llevarles la riqueza que el encuentro personal con Dios le ha metido en el alma.

Nos ha dicho Benedicto XVI: “La oración no es aislarse del mundo y de sus contradicciones, como en el Tabor había querido hacer Pedro, sino que la oración reconduce al camino, a la acción”.

Tras ese encuentro, Elías será realmente testigo de Dios, pues ya no sólo irá a defender la religión nacional sino a dar testimonio de su fe y de su conversión. El camino hacia la verdadera fe y el verdadero testimonio ha de pasar por esa experiencia de intimidad. Sólo ahora podrá Elías, al encontrar a Eliseo, llamarlo a la misma misión profética y transmitirle su espíritu en herencia.

El profeta retornará “por el mismo camino”. Ni el pan ni la visión de Dios han cambiado su situación, pero Elías retornará a su tarea con el ánimo cambiado, sintiéndose una vez más llamado y enviado por Dios a una misión, lleno de confianza en el Señor y de esperanza en el futuro. ¡Cuántas veces nosotros pedimos a Dios que cambie las circunstancias en vez de cambiarnos el ánimo a nosotros para afrontar las mismas circunstancias!

Dios envía a Elías de nuevo al mundo, a la humanidad. Elías debe dejar su desierto y volver a la gran ciudad. Éste es el ritmo de la contemplación y de la acción: entrar en contacto con Dios para después llevar a Dios a los hombres.

En este monte el profeta se sentirá llamado a un encuentro tan profundo que, tras el desaliento total, se verá puesto de nuevo en el camino del anuncio. Un encuentro que lo convertirá definitivamente en el profeta que habla en nombre de Dios y en el auténtico contemplativo que baja del monte para llevar a los demás lo que él “sabe” ya de Dios. Elías vuelve del Horeb con una energía y una confianza en sí mismo totalmente nuevas.

¿Qué buscáis? preguntó Jesús a los dos primeros discípulos, que, intrigados, lo seguían tímidamente. *Venid y veréis*, respondió Jesús cuando le preguntaron dónde vivía. Y sólo después de haber pasado con Él todo aquel día pudieron decir a sus hermanos: *Hemos encontrado al Mesías*. Esa es la experiencia que está llamado a hacer todo verdadero apóstol: ser para ir, saberse llamado por el Señor y enviado por Él al mundo.

Para la reflexión:

- ¿Qué me sugieren las palabras de Dios a Elías: “Desanda el camino”?
- El encuentro con Dios no cambia las circunstancias personales: ¿pido a Dios el ánimo para afrontarlas, o le pido que las cambie?
- Como Elías, ¿me siento llamado y enviado por el Señor? ¿Cómo llevo a los demás lo que descubro de Dios en mi tiempo de encuentro con Él?

Retiro: **LLAMADOS Y ENVIADOS... COMO ELÍAS**

(Extraído de: Revista ORAR, DABAR y otras)

VER:

En aquellos días, los profetas de Baal se reunieron en el monte Carmelo. Elías se acercó a la gente y dijo: ¿Hasta cuándo vais a caminar con muletas? Si el Señor es el verdadero Dios, seguidlo; si lo es Baal, seguid a Baal.

La gente no respondió una palabra. Entonces Elías les dijo: He quedado yo solo como profeta del Señor, mientras que los profetas de Baal son cuatrocientos cincuenta. Vosotros invocaréis a vuestro dios y yo invocaré al Señor; y el dios que responda enviando fuego, ése es el Dios verdadero.

Toda la gente asintió: ¡Buena idea! Estuvieron invocando a Baal desde la mañana hasta mediodía: ¡Baal, respóndenos! Pero no se oía una voz, ni una respuesta.

Entonces Elías dijo a la gente: ¡Acercaos! Se acercaron todos, y reconstruyó el altar del Señor, que estaba demolido; el profeta Elías se acercó y oró: ¡Señor Dios de Abrahán, de Isaac, de Israel! Que se vea hoy que tú eres el Dios de Israel y yo tu siervo, y que he hecho esto por orden tuya. Respóndeme, Señor, respóndeme, para que sepa esta gente que tú, Señor, eres el Dios verdadero, y que eres tú quien les cambiará el corazón.

- ¿Vivo mi fe desde la soledad, me siento aislado en medio de una masa de no creyentes?
- ¿Cómo doy a conocer al Dios verdadero a los demás?

JUZGAR:

En aquellos días, Elías continuó por el desierto una jornada de camino, y, al final, se sentó bajo una retama y se deseó la muerte:

—«¡Basta, Señor! ¡Quítame la vida, que yo no valgo más que mis padres!»

Se echó bajo la retama y se durmió. De pronto un ángel lo tocó y le dijo:

—«¡Levántate, come!»

Miró Elías, y vio a su cabecera un pan cocido sobre piedras y un jarro de agua. Comió, bebió y se volvió a echar. Pero el ángel del Señor le volvió a tocar y le dijo:

—«¡Levántate, come!, que el camino es superior a tus fuerzas.»

Elías se levantó, comió y bebió, y, con la fuerza de aquel alimento, caminó cuarenta días y cuarenta noches hasta el Horeb, el monte de Dios.

- ¿Siento una crisis de ánimo, de cansancio, similar a la de Elías? ¿Qué la provoca?
- ¿Qué pienso de la respuesta del Señor a Elías? ¿Qué pienso del camino que me queda por delante? ¿Lo acepto o lo rechazo?
- ¿Es la Eucaristía para mí el alimento para continuar realizando mi misión? ¿Por qué?



JUZGAR *(continúa)*

En aquellos días, al llegar Elías al monte de Dios, al Horeb, se refugió en una gruta.

El Señor le dijo: Sal y aguarda al Señor en el monte, que el Señor va a pasar.

Pasó antes del Señor un viento huracanado, que agrietaba los montes y rompía los peñascos: en el viento no estaba el Señor.

Vino después un terremoto, y en el terremoto no estaba el Señor.

Después vino un fuego, y en el fuego no estaba el Señor.

Después se escuchó un susurro.

Elías, al oírlo, se cubrió el rostro con el manto y salió a la entrada de la gruta.

- Elías es un contemplativo, busca un lugar tranquilo en el que poder adentrarse en sí mismo para escuchar la voz de Dios. ¿Tengo yo alguna “cueva”, un lugar de retiro, un sitio, un momento en el que más particularmente puedo ponerme a la escucha de Dios?
- ¿Necesito también “salir de mí mismo”, de mis problemas, intereses... y escuchar a Dios?
- ¿Sé reconocer la presencia de Dios en la “suave brisa” de mi quehacer cotidiano? ¿Por qué?

ACTUAR:

Una voz le preguntó: ¿Qué te trae por aquí, Elías?

Contestó: Mi pasión por el Señor Dios de los Ejércitos. Porque los israelitas han abandonado tu alianza, han derribado tus altares y han pasado a cuchillo a tus profetas. He quedado yo solo, y ahora me persiguen para matarme.

El Señor le dijo: Desanda el camino

- ¿Qué me sugieren las palabras de Dios a Elías: “Desanda el camino”?
- El encuentro con Dios no cambia las circunstancias personales: ¿pido a Dios el ánimo para afrontarlas, o le pido que las cambie?
- Como Elías, ¿me siento llamado y enviado por el Señor? ¿Cómo llevo a los demás lo que descubro de Dios en mi tiempo de encuentro con Él?

